

Todo estriba en esto, Popinot. Tú sabrás mi secreto y sólo se tratará ya de explotarlo con inteligencia. Antes de ir á ver á Livingston pasa por casa de Pieri Berard. Hijo mío, el desinterés del señor Vauquelin es uno de los grandes dolores de mi vida: es imposible hacerle aceptar nada. Afortunadamente, he sabido por Chiffreville que ansiaba poseer una Virgen de Dresde grabada por un tal Müller, y después de dos años de correspondencia con Alemania, Berard acabó por encontrarla en papel de China. Cuesta mil quinientos francos, y hoy nuestro bienhechor ha de verla en su antecámara, con marco y todo, cuando salga á despedirnos. De este modo tendrá un recuerdo de mi mujer y mío; y no digo nada de agradecimiento, porque hace ya diez y seis años que rogamos por él todos los días. Yo no lo olvidaré nunca. Pero mira, Popinot: los sabios, sumidos en la ciencia, lo olvidan todo, mujeres, amigos, protegidos. Á nosotros, nuestra poca inteligencia nos permite al menos tener el corazón amante, y esto le consuela á uno de no ser un gran hombre. Esos señores del Instituto son todo cerebro; ya lo verás. Nunca les encuentra uno en la iglesia. El señor Vauquelin está siempre en su gabinete ó en su laboratorio, y yo creo que debe pensar en Dios mientras analiza sus obras. Conque, quedamos entendidos, ¿eh? Yo te proporcionaré el capital, te pondré en posesión de mi secreto é iremos á medias, sin necesidad de levantar ninguna acta. Si salimos airosos, haremos fortuna. Corre, hijo mío, yo voy á mis negocios. Escucha, Popinot: dentro de veinte días voy á dar un baile; encárgate una levita y preséntate como un comerciante hecho y derecho.

Este último rasgo de bondad conmovió de tal modo á Popinot, que cogió la gruesa mano de César y la besó. El buen hombre había halagado al enamorado con esta confianza, y las gentes enamoradas son capaces de todo.

—¡Pobre muchacho!—dijo Birotteau viéndole correr por las Tullerías.—¡Si Cesarina le amase! Pero ¡ca! es cojo, tiene el pelo de un color terroso, y las jóvenes son tan raras, que no creo que Cesarina... Además, su madre quiere que sea mujer de un notario. Alejandro Crottat la hará rica, y la riqueza

lo hace todo soportable, mientras que no hay dicha que no sucumba á la miseria. En fin, he resuelto dejar á mi hija dueña de sí misma en tanto que no intente una locura.

El vecino de Birotteau era un tratante en paraguas, sombrillas y bastones, llamado Cayrón, natural de Languedoc, al cual le iban mal los negocios, por lo que Birotteau se había visto obligado varias veces á hacerle favores. Cayrón no deseaba otra cosa que limitarse á su tienda y ceder al rico perfumista las dos piezas del primer piso, á fin de ahorrarse su alquiler.

—Conque, vecino—dijo familiarmente Birotteau entrando en casa del tratante en paraguas,—mi mujer consiente en aumentar nuestro local, y, si usted quiere, podemos ir á las once á casa del señor Molineux.

—Querido señor Birotteau—repuso el tratante en paraguas,—yo no le he exigido á usted nunca nada por esa cesión; pero usted sabe que un buen comerciante debe sacar raja de todo.

—¡Diablo! ¡diablo!—respondió el perfumista.—No crea usted que yo soy un ricacho. Ignoro si mi arquitecto encontrará la cosa factible, y antes de hacer nada me dijo que era preciso ver si el pavimento estaba á nivel. Además, es necesario que el señor Molineux dé su consentimiento para perforar el muro y ver si éste es ó no medianero. Finalmente tengo que cambiar la escalera de mi casa, lo cual me acarreará muchos gastos, y yo no quiero arruinarme.

—¡Oh! señor, cuando usted se haya arruinado, el sol se habrá juntado con la tierra.

Birotteau se acarició la barba, se levantó sobre las puntas de los pies y volvió á caer sobre los talones.

—Por lo demás—repuso Cayrón,—lo único que le pido á usted es que me tome estos valores.

Y esto diciendo, le presentó un estado de cinco mil francos, compuesto de diez y seis letras.

—¡Ah!—dijo el perfumista hojeando los efectos—letritas á dos y tres meses...

—Tómeme las usted al seis por ciento únicamente—dijo el comerciante con aire humilde.



—¿Cree usted acaso que yo ejerzo la usura?—dijo el perfumista medio ofendido.

—¡Dios mío! señor, no se enfade. Fui á casa de su anti-guo dependiente de Tillet y no los quiso á ningún precio, sin duda para saber lo que yo consentía perder.

—Yo no conozco esas firmas—dijo el perfumista.

—¡Es que hay nombres tan raros en el comercio de para-guas y bastones! Son todos buhoneros.

—Bueno, no digo que lo tome todo; pero aceptaré los que tienen plazos más breves.

—Por mil francos que hay á cuatro meses, no me obligue usted á acudir á los usureros, que nos chupan los beneficios. Tómeme usted todo, señor. Tengo tan poco crédito, que esto es la causa de que yo me vea tan mal.

—Vamos, acepto las letras, Celestino hará la cuenta. A las once esté usted listo. Aquí está el señor Grindot, mi arquitecto—añadió el perfumista viendo llegar al joven con quien se había citado la víspera en casa del señor de La Billardiére.—Vamos, veo que es usted puntual, contra la costumbre de los hombres de talento—dijo César al arquitecto desplegando sus más distinguidas gracias comerciales.—Como dijo un rey que fué hombre de tanta gracia como hábil político, si la exactitud es la cortesía de los reyes, es también la fortuna de los negociantes. El tiempo, señor mío, el tiempo es oro, sobre todo para ustedes los artistas. La arquitectura es la reunión de todas las artes. No pasemos por la tienda—añadió encaminándose á la falsa puerta cochera de su casa.

Cuatro años antes, el señor Grindot había ganado el primer premio de arquitectura y volvía de Roma, después de haber permanecido allí tres años á expensas del Estado. En Italia, el joven artista pensaba en el arte, y en París pensaba en la fortuna. El gobierno es el único que puede dar á un arquitecto los millones necesarios para edificar su gloria. Al volver de Roma, es tan natural creerse Fontaine ó Percier, que todo arquitecto ambicioso se inclina al ministerialismo; el pensionista liberal, convertido en monárquico, procuraba, pues, captarse la protección de las gentes influyentes. Cuando un alumno premiado obra de este modo, sus compañeros le

llaman intrigante. El joven arquitecto tenía dos partidos que tomar: servir al perfumista ó ponerle á contribución; pero Birotteau el teniente alcalde, Birotteau el futuro dueño de la mitad de los terrenos de la Magdalena, en torno de la cual se construiría tarde ó temprano un hermoso barrio, era hombre digno de ser halagado. Grindot inmoló, pues, sus ganancias presentes por los beneficios futuros. Escuchó pacientemente los planes, los dichos y las ideas de esos burgueses, blanco constante de las pullas y de las bromas del artista y eterno objeto de sus desprecios, y siguió al perfumista haciendo con la cabeza movimientos de asentimiento á sus frases. Cuando el perfumista se hubo explicado, el joven arquitecto procuró reasumir su plan.

—De modo que tiene usted tres ventanas á la calle y además la ventana perdida en el descansillo de la escalera, y añade usted á estas cuatro ventanas las dos que están al mismo nivel en la casa vecina, cambiando de sitio la escalera con el fin de que la habitación que mira á la calle sea toda á pie llano, ¿no es eso?

—Me ha comprendido usted perfectamente—dijo el perfumista asombrado.

—Para realizar su plan, hay que alumbrar por arriba la nueva escalera y hacer la habitación para el portero debajo del zócalo.

—Un zócalo...

—Sí, es la parte en que descansará...

—Comprendo, comprendo.

—Respecto á su habitación, déjeme usted carta blanca para distribuirla y decorarla. Quiero hacerla digna...

—¿Digna? Pero, sí, está bien, esa es la frase.

—¿Qué tiempo me concede usted para operar el cambio?

—Veinte días.

—Y ¿qué suma piensa usted emplear en la obra de mano?—dijo Grindot.

—Eso puede usted decírmelo.

—Un arquitecto presupuesta una construcción nueva sin engañarse de un céntimo—respondió el joven;—pero como yo no sé lo que es embaucar á un ricacho... (Dispense usted,



señor, se me ha escapado la palabra) debo advertirle que es imposible presupuestar una reparación ó una compostura. En ocho días, con pena podría llegar á hacer un presupuesto aproximado. Concédame usted su confianza. Tendrá una bonita escalera iluminada con luz zenital adornada con un bonito vestíbulo, y debajo el zócalo.

—Siempre ese zócalo...

—No se apure usted: yo veré de hacer de él una bonita habitación para el portero. La vivienda será estudiada y restaurada con amor. Sí, señor, no tema usted, me guiará el arte y no la fortuna. Lo que á mí me conviene ante todo es ganar fama, y á mi juicio, para esto lo mejor es trabajar bien y barato.

—Joven, con esas ideas medrará usted—dijo Birotteau con tono protector.

—De modo que—repuso Grindot—entiéndase usted directamente con los albañiles, los pintores, los carpinteros y los cerrajeros, y yo me encargo de proporcionarle los planos. Concédame usted únicamente dos mil francos de honorarios, y créame que no le pesará. Permítame que empiece el trabajo mañana á las doce é indíqueme quiénes son los obreros.

—Y ¿á cuánto cree usted que puede ascender el gasto, así á bulto?—dijo Birotteau.

—A diez ó doce mil francos—contestó Grindot.—Pero sin contar el mobiliario, que creo que lo renovará usted. Deme la dirección de su tapicero, y yo me entenderé con él para indicarle los colores á fin de obtener un conjunto agradable.

—Mi tapicero es el señor Braschón, que vive en la calle de San Antonio—dijo el perfumista con aire ducal.

El arquitecto anotó esta dirección en una de esas carteras que provienen siempre de alguna mujer bonita.

—Bueno—dijo Birotteau,—confío en usted. Únicamente que tiene usted que esperar á que yo haya arreglado la cesión del arriendo de los dos cuartos vecinos y á que haya obtenido permiso para perforar el muro.

—Prevéngame usted con una carta esta tarde—dijo el

arquitecto.—Tengo que pasar la noche haciendo planos para mí, y siempre es preferible trabajar para el público que para el diablo, es decir, para nosotros. De todos modos voy á tomar las medidas y la altura de las ventanas.

—Ya sabe usted que ha de estar para el día indicado; de lo contrario, no hay nada de lo dicho—dijo Birotteau.

—Pierda usted cuidado—dijo el arquitecto.—Los obreros tendrán que trabajar de noche y se emplearán ciertos procedimientos para secar las pinturas. Pero no se deje usted atrapar por los contratistas, pídale el precio de antemano y haga escritura.

—París es el único lugar del mundo en que se pueden operar tales transformaciones—dijo Birotteau haciendo un gesto asiático digno de *las Mil y una noches*.—Caballero, me hará usted el honor de asistir á mi baile. No todos los hombres de talento participan de ese desprecio que la generalidad siente por el comercio, y aquí verá usted sin duda á un sabio de primer orden, al señor Vauquelín, del Instituto, y además al señor de La Billardiere, al señor conde de Fontaine, al señor Lebás, juez, y al presidente del tribunal del comercio. De la magistratura, vendrán el señor conde de Grandville, del tribunal supremo, el señor Popinot, de la audiencia, el señor Camusot, del tribunal del comercio, el señor Cardot, su suegro, y... tal vez el señor duque de Lenoncourt primer hidalgo de la cámara del rey. Reúno á algunos amigos, tanto... para celebrar la libertad del territorio, como para conmemorar mi promoción para la orden de la Legión de honor... (Grindot hizo un gesto raro). Tal vez... me he hecho digno de este... insigne... y regio favor formando parte del tribunal consular y peleando por los Borbones en los peldaños de San Roque el 13 de Vendimiario, donde fui herido por Napoleón. Estos títulos...

Constanza, vestida en traje de mañana, salió del dormitorio de Cesarina, donde se había vestido, y con su primera mirada cortó de raíz la verbosidad de su marido, el cual procuraba formular una frase normal para comunicarse con modestia sus grandezas al prójimo.

—Mira, Mimí, aquí tienes al señor de Grindot, joven dis-



tinguido y de gran talento. Es el arquitecto que nos recomendó el señor de La Billardiere para dirigir aquí nuestros trabajitos.

El perfumista se escondió de su mujer para hacer al arquitecto una seña llevándose el dedo á los labios, y el artista comprendió.

—Constanza, el señor va á tomar medidas; conque, déjale hacer, ¿eh?—dijo Birotteau largándose.

—¿Costará mucho eso?—preguntó Constanza al arquitecto.

—No, señora, así, á bulto, unos seis mil francos.

—¡Á bulto!—exclamó la señora Birotteau.—Caballero, le ruego que no comience sin hacer un presupuesto y señalar precios fijos. Yo conozco el modo de ser de los señores contratistas y sé que seis mil quiere decir veinte mil. No estamos en disposición de hacer locuras. Aunque mi marido sea dueño de su casa, le ruego á usted, señor, que le deje tiempo para reflexionar.

—Señora, el señor teniente alcalde me ha dicho que ha de estar acabada la obra dentro de veinte días, y si empezamos con retrasos, nos exponemos á hacer el gasto sin obtener el resultado.

—Hay gastos y gastos—dijo la hermosa perfumista.

—¡Eh! señora, ¿cree usted que ha de ser muy glorioso para un arquitecto que quiere levantar monumentos el decorar una habitación? Si desciendo á esto, es por dar gusto al señor de La Billardiere, y si le asusto á usted...—dijo haciendo un movimiento para retirarse.

—Bien, bien, caballero—dijo Constanza entrando en el cuarto y abrazando á su hija Cesarina.—¡Ah! hija mía, tu padre se arruina. Ha tomado un arquitecto que habla de construir monumentos. Va á echar la casa por la ventana para construirnos un Louvre. César se da siempre prisa para hacer locuras; esta noche me habló de su proyecto y esta mañana lo ha ejecutado.

—¡Bah! mamá, déjale á papá hacer lo que quiera, que Dios siempre le ha protegido—dijo Cesarina abrazando á su madre y sentándose al piano para demostrar que la hija de un perfumista no desconocía las bellas artes.

Cuando el arquitecto entró en el dormitorio, quedó sorprendido al notar la belleza de Cesarina. Salida de su cuarto en traje de mañana, Cesarina, fresca y rosada como es rosada y fresca una joven á los diez y ocho años, rubia y delgada, de ojos azules, ofrecía á las miradas del artista esa elasticidad tan rara en París que redondea las carnes más delicadas y matiza el azul de las venas, cuyas redes palpitan en la superficie de la tez. Aunque vivía en la linfática atmósfera de una tienda parisiense, donde el aire se renueva difícilmente y donde el sol penetra poco, sus costumbres le procuraban los beneficios de la vida al aire libre de una transteverina de Roma. Una cabellera abundante, levantada por atrás de manera que dejase ver su cuello fresco y mórvido, ostentaba sus bien cuidados rizos, como los cuidan todas las dependientas de almacén á quienes el deseo de ser llamativas les lleva á ocuparse de las minucias más inglesas en materia de tocador. La belleza de aquella joven no era la de una lady, ni la de las duquesas francesas, sino la propia de las flamencas de Rubens. Cesarina tenía la nariz remanada, como su padre, pero graciosa por la finura de sus contornos. Su tez anunciaba en ella la vitalidad de una virgen. Poseía la hermosa frente de su madre, pero iluminada por la serenidad de una joven que no tiene preocupaciones ni quebraderos de cabeza. Sus ojos azules denotaban la suave gracia de una rubia feliz. Si la felicidad privaba á su cara de esa poesía que los pintores comunican siempre á sus composiciones colocando las figuras en actitud demasiado pensativa, la vaga melancolía física que padecen todas las jóvenes que no han dejado nunca el regazo materno le comunicaba un no sé qué de ideal. Á pesar de la finura de sus formas, disfrutaba de hermosa contextura, sus pies acusaban el humilde origen de su padre y toda ella pecaba por un defecto de raza y tal vez también por el color rojizo de sus manos, señal de una vida puramente burguesa. Se adivinaba que tarde ó temprano tenía que llegar á ponerse gruesa. Observando á algunas mujeres elegantes, había acabado por adquirir cierto gusto, algunos movimientos de cabeza y una manera de hablar y de moverse que la hacían parecer distin-



guida, y enloquecía á los jóvenes y á los dependientes, los cuales la consideraban una reina. Popinot se había jurado no tener nunca más mujer que Cesarina. Aquella rubia dispuesta á romper en llanto ante la menor palabra de reproche, era la única que podía hacerle sentir y comprender su superioridad masculina. Aquella muchacha encantadora inspiraba amor sin dar tiempo á examinar si tenía bastante ingenio para hacerlo duradero; pero ¿de qué serviría lo que se llama en París *esprit* en una clase en que el elemento principal de la dicha es el buen sentido y la virtud? En la parte moral, Cesarina era igual que su madre, si bien un poco perfeccionada por las superfluidades de la educación: le gustaba la música, dibujaba á difumino la *Virgen en la silla* y leía las obras de los señores Cottin y Riccoboni, Bernardino de Saint-Pierre, Fenelón y Racine. No estaba nunca al lado de su madre en el mostrador más que algunos momentos antes de sentarse á la mesa, ó para reemplazarla en raras ocasiones. Como todos los advenedizos que parecen afanarse por cultivar la ingratitud de sus hijos procurándoles más comodidades que las que ellos mismos tienen, los esposos Birotteau se complacían en deificar á Cesarina, la cual tenía afortunadamente las virtudes de la clase media y no abusaba de la debilidad de sus padres.

Constanza contemplaba al arquitecto con aire inquieto y solícito, enseñando á su hija los extraños movimientos del metro con que Grindot tomaba sus medidas. La pobre encontraba todo aquello de muy mal agüero; hubiera querido que las paredes fuesen menos altas y las piezas menos grandes y no se atrevía á interrogar al joven acerca de los trabajos.

—No tenga usted cuidado, señora, que no me llevaré nada—dijo el artista riéndose.

Cesarina no pudo menos de sonreír.

—Señor—dijo Constanza con voz suplicante sin notar el dicho del arquitecto,—procure usted ser económico, y más tarde podremos recompensarle.

Antes de ir á casa del señor Molineux, propietario de la casa vecina, César quiso pasar por casa de Roguín á buscar

el acta que Alejandro Crottat debía tenerle preparada para aquella cesión de arriendo, y al salir vió á de Tillet en la ventana del despacho de Roguín. Aunque la unión de su antiguo dependiente con la mujer del notario contribuyese á hacer natural el encuentro de de Tillet á la hora en que se hacían los tratados relativos á los terrenos, Birotteau no dejó de inquietarse, á pesar de su mucha confianza. El aire animado de de Tillet anunciaba una discusión.

—¿Entrará él en el negocio?—se preguntó llevado de su prudencia comercial.

La sospecha pasó por su alma como un rayo, pero, al volverse, vió á la señora Roguín y entonces la presencia del banquero no le pareció ya sospechosa.

—Sin embargo, si Constanza tuviese razón... Pero ¡qué tonto soy! ¿Quién hace caso de las mujeres? Por otra parte, esta mañana le hablaré de ello á mi tío. Del patio de Batave, donde vive ese señor Molineux, á la calle de Bourdonnais, no hay más que un paso.

Un observador desconfiado, un comerciante que hubiera tropezado en su carrera con algunos bribones, se hubiera salvado; pero los antecedentes de Birotteau, la incapacidad de su espíritu, poco apto para remontar la serie de inducciones por medio de las cuales llega un hombre al conocimiento de las causas, y todo su modo de ser, en fin, le perdió. Encontró al tratante en paraguas muy endomingado, y se iba ya con él á casa del propietario, cuando Virginia su cocinera, le cogió del brazo diciéndole:

—Señorita, la señora no quiere que vaya usted...

—Vaya, ideas de mujeres—exclamó Birotteau.

—...Sin tomar la taza de café que le espera.

—¡Ah! es verdad, vecino—dijo Birotteau á Cayrón,—tengo tantas cosas en la cabeza, que no hago caso del estómago. Hágame el favor de ir delante y ya nos encontraremos á la puerta del señor Molineux, á menos que no quiera usted explicarle el asunto que nos lleva para no perder tanto tiempo.

El señor Molineux era un pequeño rentista grotesco que no existe más que en París, como cierto líquen que no crece más que en Islandia. Esta comparación es tanto más justa,



cuanto que aquel hombre pertenecía á una naturaleza mixta, á un reino animo-vegetal que un nuevo Mercier podría formar de los criptógamos que brotan, florecen ó mueren sobre, en ó debajo de los terrosos muros de diferentes casas extrañas y malsanas, que son siempre preferidas por esos seres. Al primer golpe de vista, esta planta humana umbelífera, á juzgar por el casquete azul que la cubría, con tallo rodeado de un pantalón verdoso, con raíces bulbosas envueltas en zapatillas de tela, ofrecía á las miradas una fisonomía insípida que no denotaba nada de venenoso. En aquel extraño producto hubiéseis reconocido al accionista por excelencia, que cree en todas las noticias que la prensa periódica bautiza con su tinta y que lo ha dicho todo en esta sola frase: «Lea usted el periódico». El burgués esencialmente amigo del orden y siempre en insurrección moral contra el poder, al que obedece á pesar de todo, insensible como un alguacil cuando se trata de su derecho, criatura débil en conjunto y feroz en detalle, que da murajes frescos á los pájaros y tripas de pescado á su gato, desconfiado como un carcelero, pero que aporta su dinero para un mal asunto é intenta luego recobrarlo mediante una crasa avaricia, es el retrato del señor Molineux. La ponzoña de esta flor híbrida no se notaba más que á fuerza de uso, y, para denotar su nauseabunda amargura, exigía la cocción de un comercio cualquiera en el cual sus intereses estuvieran mezclados con los de los demás hombres. Como todos los parisienses, Molineux experimentaba una necesidad de dominio y deseaba esa parte de soberanía más ó menos considerable que ejerce todo el mundo, aunque sea portero, sobre un número mayor ó menor de víctimas, mujer, hijo, dependiente, inquilino, caballo, perro ó mono, los cuales sufren de rechazo las mortificaciones recibidas por su amo en la esfera superior á que éste aspira. Aquel enojoso ancianito no tenía mujer, hijo, sobrino ni sobrina; y maltrataba demasiado á su criada para que ésta no evitase todo contacto con él en el cumplimiento de sus deberes. Sus apetitos de tiranía estaban, pues, engañados, y para satisfacerlos había estudiado pacientemente la ley acerca del contrato de inquilinato y había profundizado la jurisprudencia por qué se rigen las

casas de París en sus detalles infinitamente pequeños de término, confines, límites, servidumbres, impuestos, cargos, colgaduras para el Corpus, tubos de bajada, luces, salidas á la vía pública y vecindad de establecimientos insalubres. Sus medios y su actividad, toda su alma, la empleaba él en mantener en completo pie de guerra su estado de propietario, que él había convertido en diversión, y ésta pasaba á ser monomanía. Le gustaba proteger á los ciudadanos contra toda ilegalidad, pero como los motivos de queja eran raros, su pasión acabó por cifrarse en los inquilinos. Un inquilino se convertía en su enemigo, su inferior, su súbdito, su feudatario, creía tener derecho á sus respetos y consideraba como un grosero al que pasaba por su lado sin decirle nada. Escribía él mismo sus recibos y los enviaba á las doce del día en que vencían. El inquilino que se retrasaba recibía un aviso á hora fija, y si faltaba, el embargo, las costas y toda la caballería judicial iban contra él con la rapidez de una máquina. Molineux no concedía plazos ni dilaciones, y en lo relativo al alquiler, su corazón era una roca.

—Le prestaré dinero si lo necesita—le decía á un hombre solvente;—pero págume el alquiler, porque todo retraso ocasiona pérdida de intereses de la cual las leyes no nos indemnizan.

Después de un largo examen de los caprichos de los inquilinos que no ofrecían nada de normal, y que se sucedían derribando las instituciones de sus antepasados cual si fuesen dinastías, Molineux se había señalado una norma y la observaba religiosamente. Así, pues, cumpliendo esto, el buen hombre no reparaba nada, sus chimeneas no echaban nunca humo, sus escaleras estaban limpias, los tabiques blancos, las cornisas irreprochables, los pisos inflexibles, las pinturas en estado satisfactorio, las llaves y cerraduras sólo tenían tres años, no faltaba ningún cristal, las hendiduras no existían, no veía roturas más que cuando abandonaban la casa, y para recibir ó entregar las llaves de la misma iba acompañado siempre de un cerrajero y de un hojalatero. Por lo demás, el inquilino quedaba en libertad de mejorar; mas si el imprudente restauraba la habitación, el diminuto Moli-



neux pensaba noche y día en la manera de desalojarle á fin de recobrar la habitación recientemente decorada, le acechaba, le esperaba y entablaba su serie de malos procedimientos. Conocía todas las astucias de la legislación parisiense acerca de los arriendos. Quisquilloso, meticuloso y aficionado á escribir, dirigía cartas cariñosas y corteses á sus inquilinos; pero en el fondo de su estilo, al igual que bajo su fisonomía insípida y repulsiva, se ocultaba el alma de Shylock. Exigía siempre seis meses anticipados y el cortejo de las espinosas condiciones que había inventado. Iba á ver siempre si los pisos estaban provistos de muebles suficientes para responder del alquiler, y cuando adquiría un inquilino nuevo, lo sometía á la policia de sus informes, pues no le gustaban ciertas profesiones y el más ligero martillo le asustaba. Cuando había que extender el contrato de arriendo, lo examinaba durante ocho días temiendo lo que él llamaba los *etcéteras* de notario. Aparte de sus ideas como propietario, Juan Bautista Molineux parecía bueno y servicial, jugaba al *boston* sin quejarse cuando perdía, se reía de lo que hace reír á los burgueses y hablaba de lo que ellos hablan, de los actos arbitrarios de los panaderos, que cometían la infamia de vender el pan falto de peso, de la policia y de los diez y siete heroicos diputados de la izquierda. Leía el BUEN SENTIDO, del cura Meslier, é iba á misa por no poder escoger entre el deísmo y el cristianismo; pero no daba nunca nada en la iglesia y procuraba sustraerse á las pretensiones invasoras del clero. El infatigable petionario escribía cartas á los periódicos respecto á este punto, cartas que no eran insertadas ni contestadas. Finalmente, se parecía á un estimable burgués que enciende solemnemente el fuego el día de Noche Buena, celebra la fiesta de los Reyes, inventa mentiras el día de Inocentes, recorre todos los lugares cuando el tiempo está bueno, va á ver patinar y se va á las dos á la terraza de Luis XV los días que hay fuegos artificiales, llevando pan en el bolsillo para poder coger buen sitio.

El patio Batave, donde vivía este ancianito, es el producto de una de esas extrañas especulaciones que no pueden expli-

carse una vez que han sido ejecutadas. Aquella construcción clausal, con arcadas y galerías interiores edificadas con piedra tallada y adornada de una fuente en el fondo, fuente seca que abre su boca de león más bien que para dar agua, para pedírsela á todos los transeuntes, fué inventada, sin duda, para dotar al barrio de San Dionisio de un bazar. Este monumento insano, enterrado por los cuatro costados entre cuatro líneas de elevadas casas, no tiene vida ni movimiento más que durante el día y es el centro de oscuros pasajes que se citan allí y unen el barrio de los mercados con los barrios de San Martín por medio de la famosa calle de Quincampoix, sitios todos húmedos donde las gentes atrapan reumatismo; pero de noche no hay en París un lugar más desierto, y, si lo viérais, creeríais estar en las catacumbas del comercio. Hay allí varias cloacas industriales, muy pocos bátavos y muchos abaceros. Como es natural, las habitaciones de este palacio mercantil sólo tienen vistas al patio común adonde dan todas las ventanas; de manera que los alquileres son insignificantes. El señor Molineux vivía en uno de los ángulos, en el piso sexto, por razón de salud, ya que opinaba que el aire sólo era puro á setenta pies de altura. Allí, aquel buen propietario gozaba de la vista encantadora de los molinos de Montmartre, paseándose por los canalones del tejado, donde cultivaba flores, no obstante las ordenanzas municipales relativas á los jardines aéreos de la moderna Babilonia. Su casa se componía de cuatro piezas, sin contar sus preciosas *anglaises* situadas en el piso superior, cuya llave tenía, pues le pertenecían; él las había establecido y estaban en regla respecto á este punto. Al entrar, una indecente desnudez revelaba inmediatamente la avaricia de aquel hombre: en la antesala se veían seis sillas de paja y una mala estufa, y en las paredes, tendidas de un papel verde botella, cuatro grabados comprados de lance; en el comedor había dos armarios, dos jaulas llenas de pájaros, una mesa cubierta con un tapete de hule, un barómetro, una puerta ventana que daba á sus jardines aéreos y unas sillas de caoba rellenas de crin; en el salón se veían unas cortinitas de seda verde y una sillería de terciopelo de Utrech,



verde, con madera pintada de blanco. Respecto al dorado de aquel anciano célibe, encerraba muebles del tiempo de Luis XV, desfigurados por un uso demasiado prolongado, y á los cuales hubiera temido acercarse una mujer vestida de blanco por temor á ensuciarse. La chimenea estaba adornada de un reloj con dos columnas, entre las cuales había una esfera del reloj que servía de pedestal á un Palos blancos su lanza: un mito. El piso estaba plagado de platos de plata de restos destinados á los gatos, platos que eran un constante peligro para los pies. Sobre una cómoda de madera de rosa había un retrato al pastel (Molineux cuando joven). Veíanse luego libros, mesas, una consola, sus difuntos canarios disecados y, finalmente, un lecho que denotaba tal frialdad, que hubiera asustado á una carmelita.

César Birotteau quedó encantado de la exquisita cortesía de Molineux, al que encontró en bata de casa cuidando de su leche colocada sobre un pequeño hornillo situado en el rincón de su chimenea, y de su café, que hervía en un puchero de barro. Para no molestar al propietario de su casa, el tratante en paraguas salió á abrirle la puerta á Birotteau.

Molineux sentía gran veneración por los alcaldes y tenientes de alcalde de la villa de París, á los que daba el nombre de *sus oficiales municipales*. Al ver al magistrado, se levantó y permaneció de pie con el gorro en la mano hasta que el gran Birotteau se hubo sentado.

—No, señor; sí señor; ¡ah! señor, si yo hubiera sabido que iba á tener el honor de poseer en el seno de mis modestos penates á un miembro del cuerpo municipal de París, crea usted que hubiera tenido un placer en ir á su casa, á pesar de ser su propietario... ó de estar á punto de serlo.

Birotteau hizo un gesto para rogarle que se cubriese.

—No haré nada ni me cubriré hasta tanto que usted se haya sentado y se haya cubierto, si es que está constipado; mi cuarto es un poco frío y lo exiguo de mis rentas no me permite... Como usted guste, señor teniente alcalde—dijo Molineux.

Birotteau había estornudado mientras buscaba su contrato y se lo presentó á Molineux advirtiéndole que, para evitar

que el contrato había sido redactado á expensas suyas por el señor Roguín.

—No pondré yo en duda la capacidad del señor Roguín, cuyo nombre es muy conocido en el notariado parisiense; yo tengo mis costumbres, me arreglo yo solo los negocios, manía bastante excusable, y mi notario es...

—Pero el asunto es tan sencillo...—dijo el perfumista alabando á las prontas decisiones de los comerciantes. —Tan sencillo?—dijo Molineux.—Nada es sencillo en el comercio de inquilinatos. ¡Ah! señor, usted no es propietario y no puede darse por satisfecho. ¡Si supiese hasta dónde llega la ingratitud de los inquilinos y las precauciones que hay que tomar con ellos! Mire usted, señor, tengo un inquilino...

Molineux empleó un cuarto de hora en contar cómo el señor Gendrán, dibujante, había burlado la vigilancia de su portero en la calle de San Honorato. El señor Gendrán había hecho infamias dignas de Marat y dibujos obscenos que eran tolerados por la policía. ¡Aquel Gendrán, artista profundamente inmoral, llevaba á su casa mujeres de mala vida y hacía la escalera intransitable! broma digna de un hombre que hacía caricaturas contra el gobierno. Y todo ello ¿por qué? Porque le pedía el alquiler el 15. Gendrán y Molineux iban á pleitear, toda vez que, á pesar de no pagar, el artista pretendía quedarse en la casa. Molineux recibía anónimos en los que Gendrán le amenazaba con asesinarle por la noche al dar vuelta á alguna de las calles que conducían al patio Batave.

—Hasta tal punto, señor—dijo continuando,—que al confiarle lo que me ocurría al prefecto de policía (circunstancia que aproveché para indicarle las modificaciones que es necesario introducir en las leyes por que se rige la materia), me autorizó para llevar pistolas, á fin de atender á mi seguridad personal.

Y esto diciendo el anciano se levantó para ir á buscar las pistolas y continuó:

—Aquí las tiene usted, señor, aquí las tiene usted.

—Pero, hombre, conmigo supongo que no temerá usted cosas semejantes—dijo Birotteau mirando á Cayrón y son-



riéndole para darle á entender la lástima que le inspiraba un hombre semejante.

Molineux sorprendió esta mirada y le mortificó el leer semejante expresión en un miembro del municipio que estaba obligado á proteger á sus administrados. Á cualquiera otro se lo hubiera perdonado, pero no se lo perdonó á Birotteau.

—Señor—repuso con sequedad,—un juez consular de los más estimados, un teniente alcalde, un honrado comerciante, no descendería á estas pequeñeces, porque esto son pequeñeces; pero en el caso actual hay que pedir permiso para perforar el muro á su propietario el señor conde de Grandville, y hay que poner condiciones para estipular el restablecimiento de la pared al firmar el arriendo. Además, los alquileres están hoy sumamente bajos y subirán. La plaza de Vendôme ganará, ya gana. Va á edificarse la calle de Castiglione. Yo me comprometo...

—Acabemos—dijo Birotteau estupefacto.—¿Qué desea usted? Conozco suficientemente los negocios para adivinar que todas sus razones han de enmudecer ante la razón suprema: el dinero. ¿Qué desea usted?

—Nada que no sea justo, señor teniente alcalde. ¿Por cuánto tiempo quiere usted hacer el arriendo?

—Por siete años—respondió Birotteau.

—Dentro de siete años, ¿qué no valdrá mi primer piso?—repuso Molineux.—¿Qué alquiler no se pagará por dos cuartos amueblados en aquel barrio? Acaso más de doscientos francos al mes. Con un arriendo yo me comprometo. Pondremos el alquiler en mil quinientos francos. Por ese precio consiento en ceder esos dos cuartos de la habitación del señor Cayrón, que está aquí presente, y en cederlos por siete años. La perforación correrá de su cuenta, con la condición de traerme la aprobación y la renuncia de todo derecho por parte del señor conde de Grandville. Usted será responsable de lo que ocurra al perforar la pared, y no tendrá usted que restablecerla por lo que á mí concierne, siempre que me entregue en el acto quinientos francos como indemnización. Nadie sabe cuando puede uno morir, y yo

no necesito tener que andar mañana detrás de nadie para recomponer la pared.

—No me parecen injustas esas peticiones—dijo Birotteau.

—Además—dijo Molineux,—me entregará usted setecientos cincuenta francos *hic et nunc*, á cuenta de los seis últimos meses del arriendo. A mí los negocios me gustan claros. Estipularemos, además, que tapiará á expensas suyas la puerta de mi escalera, por la cual no tendrá usted derecho á entrar. ¡Oh! tranquilícese usted, no le pediré indemnización para su restablecimiento al final del arriendo, ya la considero comprendida en los quinientos francos. Señor, siempre me encontrará usted justo.

—Nosotros los comerciantes no somos tan meticulosos—dijo el perfumista,—y con tales formalidades me parece que no habrá negocio posible.

—¡Oh! en el comercio es muy diferente, y sobre todo en la perfumería, donde todo va como un guante; pero en materia de inquilinato en París nada hay indiferente. Mire usted, yo he tenido un inquilino en la calle de Montorgueil...

—Caballero—dijo Birotteau,—lamentaría retrasar la hora de su almuerzo: aquí tiene las actas, rectifíquelas, accedo á lo que usted desea, démonos hoy palabra y firmemos mañana para que mi arquitecto pueda empezar á trabajar.

—Señor—repuso Molineux mirando al tratante en paraguas,—hay un plazo vencido ya, el señor Cayrón no quiere pagarlo y, si á usted le parece, lo incluiremos en el contrato para que vaya de enero á enero. Esto será más regular.

—Bueno—dijo Birotteau.

—Los cinco céntimos por franco al portero.

—¡Oh! eso no es justo privándome como me priva usted de la escalera y de la entrada—dijo Birotteau.

—¡Oh! ¡oh! pero es usted un inquilino—dijo con voz perentoria el pequeño Molineux.—Cuando todo está convenido ya no hay dificultades. Pero veo que progresa usted mucho, señor; ¿van bien los asuntos?

—Sí—dijo Birotteau:—pero el motivo es otro. Reúno á algunos amigos, tanto para celebrar la libertad del territorio,



como para conmemorar mi promoción para la orden de la Legión de honor.

—¡Ah! ¡ah! una recompensa bien merecida—dijo Molineux.

Sí—dijo Birotteau,—tal vez me he hecho digno de este regio é insigne favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en los escalones de San Roque el 13 de Vendimiario, donde fui herido por Napoleón; estos títulos...

—Valen tanto como los de nuestros valientes soldados del antiguo ejército. La cinta es roja porque está bañada en sangre derramada por noble causa.

Al oír estas palabras, tomadas del *Constitucional*, Birotteau no pudo menos de invitar al pequeño Molineux, el cual se deshizo en cortesías y se sintió dispuesto á perdonarle sus desdenes. El anciano acompañó á su nuevo inquilino hasta el descansillo, colmándole de halagos. Cuando Birotteau estuvo en medio del patio Batave con Cayrón, miró á su vecino con aire chocarrero.

—No creía que pudiese haber gentes tan meticulosas,—dijo reteniendo la palabra *bestias* que iba á pronunciar.

—¡Ah! señor, no todo el mundo tiene el talento de usted—dijo Cayrón.

Birotteau podía creerse hombre listo en presencia de Molineux; así es que se sonrió agradablemente al oír la respuesta del tratante en paraguas y se despidió de él con modales de soberano.

—Ya que estoy en el mercado, podría arreglar el asunto de las avellanas—se dijo Birotteau.

Después de una hora de indagaciones, Birotteau, enviado por las mujeres del mercado á la calle de los Lombardos, donde se consumen las avellanas para los confites, supo por sus amigos los Matifat que la única que vendía al por mayor este fruto era una tal Angélica Madou, que vivía en la calle de Perrín-Gasselín, donde encontraría seguramente la avellana de Provenza y la avellana verdaderamente blanca de los Alpes.

La calle de Perrín-Gasselín es uno de los senderos del labe-

rinto encerrado por el muelle, la calle de San Dionisio, la de la Ferretería y la de la Moneda, sendero que viene á ser algo así como las entrañas de la villa. Pulula allí un infinito número de mercancías heterogéneas y mezcladas, hediondas y lindas, el arenque y la muselina, la seda y la miel, las mantecas y los tules, y, sobre todo, un infinito número de tenduchos cuya existencia no sospecha París, como les ocurre á la mayor parte de los hombres que no sospechan tampoco lo que se cuece en su *páncreas*. Estas tiendas tenían entonces por sanguijuela á un tal Bidault, llamado Gigonnet, prestamista que vivía en la calle de Grenetat. Allí, cuerdas antiguas están habitadas por toneles de aceite, y las cocheras contienen millares de medias de algodón. Allí existen al por mayor los artículos que se venden en el mercado al por menor. La señora Madou, antigua revendedora del mercado, dedicada desde hacía diez años al comercio de frutas secas, gracias á sus relaciones con el antiguo propietario de sus existencias, había dado pasto durante mucho tiempo á las críticas del mercado y poseía una belleza viril y provocativa eclipsada á la sazón por excesiva gordura. Habitaba el piso bajo de una casa amarilla y ruinosa, pero sostenida en cada piso por cruces de hierro. El difunto había logrado deshacerse de sus competidores, convirtiendo su comercio en monopolio; á pesar de algunos ligeros defectos de educación, su heredera podía, pues, continuar la rutina yendo y viniendo por sus almacenes, que ocupan unas cuerdas, unas cocheras y unos talleres antiguos donde combatía con éxito los insectos. Sin mostrador, caja ni libros, pues no sabía leer ni escribir, la señora Madou respondía con puñetazos á una carta, considerándola como un insulto. Buena mujer, por lo demás, de buenos colores, con un pañuelo á la cabeza y conciliándose con su verbosidad de oficléido la estimación de los carreteros que le llevaban las mercancías, no podía tener ninguna dificultad con los labradores que le entregaban sus frutas, porque les pagaba al contado, única manera de entenderse con ellos. Birotteau vió á aquella salvaje tendera en medio de sus sacos de avellanas, de castañas y de nueces y le dijo con aire protector:



—Buenos días, mi querida señora.

—*Tu querida!*—dijo ella.—Hijo mío, ¿me conoces acaso de haber tenido conmigo relaciones agradables? ¿Hemos comido alguna vez en un mismo plato?

—Yo soy perfumista y además teniente alcalde de París; así es que como magistrado y como consumidor, tengo derecho á que me trate usted de otro modo.

—A mí no me importa eso—dijo el marimacho.—Yo no consumo nada en la alcaldía ni molesto á los tenientes alcaldes. Respecto á mis parroquianos, me adoran, les hablo con franqueza y si no están contentos van á que les embauquen á otra parte.

—He ahí los efectos del monopolio.

—¿*Popolio?* es mi ahijado. ¿Habrás hecho alguna tontería? Viene usted acaso por él, mi respetable magistrado?—dijo la Madou dulcificando la voz.

—No, he tenido el honor de decirle que venía en calidad de consumidor.

—Bueno, y ¿cómo te llamas, hermoso? Aun no te había visto.

—Con ese tono debe usted vender baratas las avellanas—respondió Birotteau diciéndole quién era.

—¡Ah! ¿es usted el famoso Birotteau que tiene una mujer muy guapa? Y ¿cuántas avellanas desea usted, amor mío?

—Seis mil medidas.

—Es todo lo que tengo—dijo la tendera.—Mi querido señor, usted no es de los holgazanes para casar á las muchachas sin perfumarlas. ¡Que Dios te bendiga! Usted tiene una ocupación. Dispéñeme, pues, que le diga que va usted á ser un gran parroquiano y va á quedar escrito en el corazón de la mujer á quien más quiero en el mundo.

—Y ¿quién es?

—Pues la señora Madou.

—Bueno, y ¿á cómo vende usted las avellanas?

—Para usted, querido mío, á veinticinco francos las cien medidas si lo toma todo.

—A veinticinco francos, hacen mil quinientos francos—

dijo Birotteau, —y acaso necesite muchos cientos de millares al año.

—Pero fíjese bien en lo hermosa que es la mercancía—dijo la Madou hundiendo su colorado brazo en un saco de avellanas.—Y que no hay una vacía, señor mío. No olvide que los abaceros venden á cinco reales la libra y que de cada cuatro libras una sale vacía. ¿Quiere usted que yo pierda para darle gusto? Es usted guapo, pero no me enloquece lo bastante para hacer eso. Si tantas necesita usted, podré ponérselas á veinte francos, pues no quiero despedir á un teniente alcalde, porque podría acarrear desgracias á las casadas. Vea usted la hermosa mercancía y fíjese si tiene peso. Cincuenta hacen una libra, están todas llenas y no encontrará ni un gusano.

—Bueno, envíeme usted mañana por la mañana seis millares por dos mil francos, á noventa días, á la calle del arrabal del Temple, á mi fábrica.

—Se le enviarán á usted en seguida, señor alcalde; pero si le fuese á usted igual, preferiría las letras á cuarenta días, porque ya le doy á usted la mercancía muy barata y no puedo perder aún el descuento. No olvide que el padre Gigonnet nos chupa la sangre como se la chupa la araña á una mosca.

—Pues bien, sí, á cincuenta días. Pero pesaremos cien libras para compensar las que salgan vacías. Sin esto, nada.

—¡Ah! perro, cómo entiende—dijo la señora Madou.—No hay medio de cazarle. Esos malditos de la calle de los Lombardos son los que le han advertido. Esos lobazos se ponen todos de acuerdo para devorar á los pobres corderos.

Hay que advertir que aquel cordero tenía cinco pies de altura y tres de circunferencia, con gran semejanza á una pipa vestida.

El perfumista, sumido en sus combinaciones, iba meditando á lo largo de la calle de San Honorato acerca de su duelo con el *Aceite Macassar*, razonaba acerca de las etiquetas y la forma de las botellas y calculaba la contextura del tapón y el color de los anuncios. ¡Y se dice que no hay poesía en el comercio! No hizo Newton más cálculos para su céle-